

Auditorio seguro lo tuve siempre. Un auditorio simpático, concentrada su atención en la mirada seria y el silencio absoluto. Con interés más vivo, a medida que el tema se abría —crudamente— calando el paisaje de sus ilusiones juveniles.

Jóvenes que «terminaban aquel año». Bachilleres inmediatos, con un mundo de ensueños allá dentro. Y, por delante con su aventura de vida inédita, a punto de empezar.

*Entre los lectores de «cultura universitaria» a que se dirige «Proyección» ocupan un lugar de simpatía los universitarios. Este artículo se enfrenta con la preocupación más seria que acecha a todo joven al pasar del Bachillerato a la Universidad o al trabajo directo.*

*Más de la mitad fracasan en su elección de carrera. Ello supone, en su futuro próximo, un drama individual, familiar y social con repercusiones psicológicas y religiosas y con posible proyección eterna.*

*No basta una dirección espiritual sin base técnica. No bastan los meros ejercicios espirituales.*

*Por otra parte reducir la elección de carrera a problema puramente económico, es pensar en pagano, olvidando la doctrina y la realidad religiosa de la «vocación», el «apostolado profesional», el «servicio social»...*

*Han de intervenir los padres y consejeros y los elementos científicos de orientación. Pero en toda vocación hay dos actores principales, insustituibles: Dios y el propio interesado.*

Jullán Ibáñez Gil S. I.

## DEL BACHILLERATO

Les hablé (a tantos...) de lo que vendría después del Colegio. De la elección de carrera, de la Universidad, la profesión...

Y, lo confieso ahora —a distancia—, les hablaba con cariño y con pena. Precisamente porque a «última hora» mucho era irremediable y otro mucho debía ser —a la fuerza— apresurado.

¿Por qué esperar precisamente a ese momento de «salida» para afrontar problemas tan graves, decisiones tan serias?... Siempre me sentí impotente para solucionarlo todo en unas cuantas charlas.

A pesar de tener el mejor auditorio del mundo.

### Más de la mitad

«Si en esta sala una línea invisible dividiera en dos mitades la clase... a un lado quedarían los que, estadísticamente hablando, van a fracasar en su vida...»

En el silencio iba adentrándose la meditación que hablaba de un 60 por 100 a un 70 por 100, sobre estadísticas auténticas, en Perú, Colombia, Venezuela, Ecuador, España...

Más de la mitad de los que empiezan estudios en una Facultad, no los terminan. Erraron en su elección primera.

Hacíamos después una trayectoria esquemática del fracasado universitario.

### Cuesta abajo

El muchacho quizá se encontraba perfectamente centrado en su Colegio. Joven «de grandes esperanzas...»

Pero —uno más— entró en la Universidad con una elección mal resuelta. No tarda en darse cuenta de su paso en falso, y siente —con violencia casi brutal— la angustia de su primer fracaso. Sencillamente «no está en su sitio».

A lo sumo *soporta* sus nuevos estudios. Quizá —esa carga afectiva juvenil, explosiva

*Algo que no admite «soluciones» simplistas*

y extremista— odia lo que antes le alucinó.

Pronto, las calificaciones acusan fríamente la ineficacia de unos esfuerzos desgastados. Sabe desde entonces que jamás podrá igualar a sus compañeros. Mucho menos, sobresalir.

Con esos compañeros, él puede compartir entusiasmos, ideas y proyectos... en todo lo que NO sea precisamente aquello que ocupa la mayor parte de su tiempo, ya que es preparación minuciosa de su vida futura: sus estudios, su carrera. Saborea ya ese estado espiritual tan frecuente y doloroso en un universitario: la soledad y el vacío interior, con sentimiento cada vez más exacto de su aislamiento.

Dos hipótesis: Decide cambiar, o continúa.

En la primera, ya no afronta el problema de la elección segunda con la tensión de espíritu, ilusionado y joven, que requiere un principio de camino. Sabe qué gusto tiene el fracaso, y teme un segundo error. Además... esos años perdidos...

Si no cambia, y a duras penas llega a graduarse, empieza la fase más grave. Hasta entonces era *uno* el que sufría las consecuencias de un error inicial. Ahora, toda una familia recién formada ha de sufrir esos efectos. Quien no pasó de mediano entre estudiantes, no rebasará la medianía entre colegas. La competencia profesional, pronto reduce pretensiones y presupuesto familiar. El ambiente diario, en el hogar, se va enrareciendo...

Y si entonces busca desesperadamente «una salida», ahí está esa salida fácil —como todo camino de infierno— que le brinda la inmoralidad profesional... O quizá llega la neurastenia... (1).

Etcétera.

Y... ¿por qué?

Ante una crisis no superada, en los primeros pasos de la Universidad, el diagnóstico

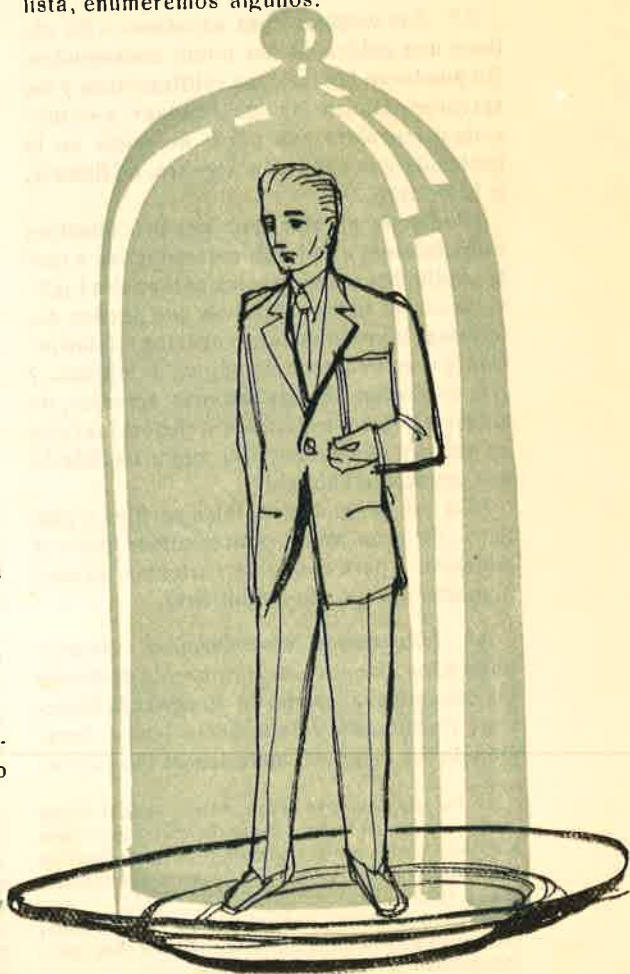
es sencillo en su fórmula, denso de contenido. O no hubo orientación, o faltó preparación. O ambas cosas.

Hemos procurado tratar a fondo el tema en otra parte (2). Ahora, sólo proponer, sobre esta mesa redonda de PROYECCIÓN unos cuantos puntos de partida para la meditación, el diálogo y las sugerencias.

Empecemos por la *orientación*.

### La insuficiente «buena voluntad»

Que la hay, es indiscutible. Que es insuficiente, lo dicen sus resultados. Además, lo adivina una somera crítica de los «procedimientos» con que esa buena voluntad pretende su fin orientador. Sin querer agotar la lista, enumeremos algunos:



A LA *Vida*

1.º *El «ojo clínico»*.—El Padre o el Educador que «conoce la vida», y que sabe conocer a los jóvenes. Su ojo clínico le hace formular un consejo orientador en cada caso.

¿Es posible que ese educador conozca todas las profesiones e «intuya» a todos los muchachos del Colegio? ¿Basta la observación externa para apreciar el mundo interior de un alumno? ¿Posee una memoria casi infinita, para recordar y sintetizar «en un momento dado» tanto dato disperso, intuido a lo largo de los años colegiales? ¿También se miden las aptitudes «a ojo»?

(Sin que neguemos la necesidad de la intuición psicológica, empatía y demás cualidades de un buen consejero. Pero... no bastan. Como no basta «cierta experiencia» para ser médico).

2.º *Las calificaciones escolares*.—Se obtiene una gráfica de las notas conseguidas. Se ponderan las mejores calificaciones y las mayores deficiencias «calificadas», y se procede a «encajar» ese perfil de notas en la profesión que exija más Álgebra, o Historia, o Literatura...

¿Podemos afirmar que siempre nuestras calificaciones escolares corresponden a reales aptitudes o deficiencias personales? ¿Olividamos las causas afectivas que pueden determinar un rendimiento superior o inferior, frente a un Profesor simpático, o injusto...? ¿No dependen muchas lagunas actuales, de anteriores y no superadas deficiencias? ¿Es un examen momentáneo la mejor medida de una capacidad habitual?

(Sin que dejen de ser, tales perfiles y gráficas, de gran valor «sintomático» para el educador y para el que va a orientar, no son, ni mucho menos, «lo definitivo»).

3.º *Información administrativa*.—Se propone a los jóvenes una información detallada y sistemática: Centros de Enseñanza Superior; Facultades y Especializaciones; duración de los estudios; materias de los cursos;

gastos de matrícula; posibilidades de ejercicio profesional... El muchacho, ante ese mosaico de datos, «elige».

¿No se ha omitido en la elección el principal «dato», que es el propio sujeto, con sus aptitudes, intereses... «vocación»? ¿No se ha escamoteado, con la mejor voluntad, la distinción gravísima entre *carrera* (conjunto de estudios) y *profesión* (forma de vida)? ¿Conoce el joven esas formas de vida reales, o más bien sus *nombres*? ¿No hay peligro — qué estadísticas haríamos... — de lo que llaman «espejismo vocacional»?

(Y es evidente que tales datos administrativos y económicos, deben integrarse en una buena elección. Pero no solos...)

4.º *Información profesional*.—«Hagamos que conozcan las profesiones reales. Que nos hablen los hombres de carrera...» Y el salón de actos se llena unas seis o siete veces (quizá diez), para escuchar a un profesional eminente que habla de Ingeniería, Derecho, Aviación...

Merece este «sistema» una crítica más extensa, por ser el más seguido, y con el que solemos conformarnos, *lamentablemente*.

Primero, porque es *insuficiente*: Las profesiones son *centenares*, no docenas (3). Las diversísimas especialidades en cada carrera (un analisólogo y un cirujano; un penalista y un notario; un novelista y un profesor de griego...) demuestran cuán distintos son los géneros de preocupaciones, de enfoques vitales, que en cada rama pueden existir. Un profesional que hable de «su carrera», hablará de *su* especialidad; y de esa especialidad encarnada en *su* particular experiencia y aficiones, matizada quizá por *sus* prejuicios. Tal visión — por fuerza parcialísima — será la que los alumnos tendrán de *toda* esa carrera. — Añadamos la imposibilidad de que desfilen por la tribuna titulares de todas las profesiones. Y subrayemos que es un tanto absurdo que a *todos* los jóvenes se obligue

(1) No abundamos en el comentario — por lo demás obvio — acerca de la trascendencia social que tienen los descentrados profesionales. Cfr. p. ej. Mallart. *La Enseñanza Profesional de España*. Vimar, Madrid, 1950, p. 117.

(2) *La Orientación Profesional en los Colegios. Principios y Método*. (Tesis doctoral en Pedagogía). Universidad Javeriana. Bogotá, 1954.

(3) «La clasificación empleada en las estadísticas profesionales alemanas de 1907, contenía, en números redondos, 14.000 denominaciones diferentes (...) Si quisiéramos restringir esas denominaciones a las carreras a las cuales se accede mediante estudios académicos, tendríamos aproximadamente unas 700». León Walther. *La Orientación Profesional para los Estudios Superiores*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1955. Pág. 84. — texto y notas —.

a escuchar un número N de conferencias, cuando en realidad a cada alumno interesa sólo una: la suya.

Segundo, —y esto es más grave—, porque, tenidas así, son *desorientadoras* positivamente (mal que nos pese...): Un buen orador, entusiasmado con su carrera, transmitirá una visión optimista, inconscientemente conquistadora, a su auditorio. Saldrán del salón no pocos muchachos «convencidos» de que ese camino («estupendo») es el suyo. ¿Convencer —quizá alucinando— es *orientar*? Otro orador menos feliz en la expresión tribunicia, dará —sin quererlo— una impresión peyorativa de su profesión... ¿*Desilusionar* —quizá sin fundamento— es *orientar*?

Y tercero... que sigue omitiéndose el principal dato: el propio «yo», en su concreta circunstancia.

(¿Será necesario decir que la experiencia profesional de un hombre eminente puede abrir horizontes magníficos y dar consejos valiosísimos a un joven *ya orientado* fundamentalmente? Pero —por favor— no cambie las etapas...)

5.º *Las medidas psicológicas.*—«Centremos, pues, el estudio en el sujeto. Sepamos cómo es. Busquemos más tarde la profesión adecuada al individuo». Y cogemos un «metro psicológico» (test, cuestionario...) y vamos midiendo. Memoria, inteligencia calificada, imaginación espacial... Los datos se hacen cifra, perfil, ficha: *psicograma*. Otra ficha nos da el perfil ideal de cada carrera: *profesiograma*. Hacemos la síntesis, casi mecánica, y damos —quizá en otra ficha— el dictamen orientador.

Hay aquí, ya, verdadera orientación. Indudable. Pero... (aunque nos pese, también) insuficiente.

Primero, por la *pasividad* del «sujeto» a quien se orienta. El alumno es sometido a medida, prueba, interrogatorio. Ha de *entregar* su intimidad intelectual y afectiva, soñadora, ilusionada por su porvenir... a un *técnico*, que, después, sin consultarle, hará operaciones matemáticas y «decidirá» con la severidad de un diagnóstico. Algo se rebela en el joven entonces. Se le ha estudiado —¿paradoja?— sin contar con él...

Segundo: Confundimos lamentablemente (y después vienen las sorpresas psicotécnicas...) *aptitud con interés*. Parece que hacemos caso omiso a la vida, que nos habla de superaciones (no omnimodas, pero reales) de la aptitud mediana por el entusiasmo potente; de la inteligencia sólo suficiente, por la voluntad tenaz; de la deficiencia física por la ingeniosidad del talento... (4). La célebre «ley de las supercompensaciones», que seguirá escondiéndose —con cierta ironía— tras los severos diagnósticos psicométricos.

Tercero: En este sistema no hemos salido del interior del joven. Prescindimos de su mundo (económico, familiar, social). No sabemos de las realizaciones o inhibiciones que tales «posibilidades» intrínsecas tienen en su vida diaria...

(¿Y quién negará que en toda seria orientación ha de intervenir, a *fondo*, quizá como un primer paso, la psicometría? Pero —repite hasta el cansancio— *no solamente* la psicometría).

### ¿Proponemos solución...?

Una proposición más o menos completa —a modo de sugerencia, tras no pocos ensayos experimentales, y siempre sujeta a revisión y mejora— la expusimos en distintas ocasiones, por vía de cursillo o serie de charlas. Aquí sólo es posible el bosquejo de tal proposición:

1.º *Partamos del «interés vital».*— Es decir, del núcleo dinámico en el muchacho. De esa «aspiración a servir, de una aptitud todavía no revelada» de que habla Marañoñ (5). La revelación, será el punto de partida de su entusiasmo. La raíz de toda posible *supercompensación*. Estudiemos, para ello, sus vivencias pasadas, hagamos la correlación con las distintas *áreas profesionales* (sepamos de una vez que no existe sólo una carrera para cada persona, sino varias —afi-

(4) El mismo León Walther (o. c. pp. 133-34), aduce los casos históricos de Laennec, Riede, Bale, etc., quienes —con notables deficiencias incluso orgánicas— ejercieron su profesión adquiriendo renombre universal en ella.

(5) Gregorio Marañoñ. *Vocación y Ética*. Espasa-Calpe. Buenos Aires. 1946. p. 23.

nes— en que podrá triunfar) y de sus intereses *vitales* deduzcamos los *profesionales reales* en cada individuo. Requiere esto una técnica, ciertamente. Pero caminamos sobre base firme, y hemos ahorrado tiempo, eliminando —de paso— posibles «espejismos».

2.º *Comprobemos y valoremos la aptitud.* —Y aquí tienen su puesto los diagnósticos caracterológico y prospeccional; la determinación de inteligencia cualificada, de aptitudes secundarias y especiales, etc.; como complemento, un «perfil extrospectivo» dado por quienes conocen al joven en su vida diaria —previo su consentimiento—.

3.º *Conversemos con el joven* sobre esquemas sistemáticos —lo que no quiere decir «conversaciones esquemáticas— para completar datos personales, familiares, económicos... Sepamos —y conversemos— del estado real de las distintas profesiones en la sociedad nacional, de sus posibilidades, etcétera.

4.º *Evitemos la pasividad*, sustituyéndola por la activa auto-información en equipo, en que trabajando todos para todos —feliz muerte del egoísmo— ellos mismos se encarguen de entrevistar a profesionales sobre su profesión, de acuerdo —ahora sí— con un esquema escrito bien pensado. Se evita además con ello que sólo *uno* de cada profesión opine con ampliaciones oratorias. Son ya *muchos*, centradas sus respuestas por bien pensadas preguntas. Es el joven, —ya situado en su «área profesional»— quien *se informa* (no sólo «es informado»). Esto mismo, háganlo respecto a universitarios «en ejercicio». Ténganse sabrosos «diálogos vocacionales», en pequeña reunión de *Interesados*, con quienes ejercen su carrera o la estudian, en ambiente de amistad y colaboración...

5.º *Actuemos mil veces* —en charlas, diálogos privados, etc.— los *criterios cristianos* de elección (que no se convierta en *mero*

asunto monetario...). Aclaremos ideas sobre «vocación», «servicio», «misión apostólica», «posibilidades sobrenaturales de cada ruta».

6.º *Llevemos dos actividades paralelas:* La del orientador, que integra datos, aplica tests, conversa con el joven... y la actividad personal e intransferible de ese joven que piensa, delibera y madura su plan de vida. Al final, un *consejo* (mero consejo) resume la actividad del orientador. Una *decisión* (provisional o definitiva) condensa la tarea del joven.

7.º *Y entremos —para ello— en Ejercicios* solamente *después* de esta previa asimilación de datos, experiencias y meditaciones. *Después* de una gimnasia de entendimiento (criterios) y de voluntad (firmeza), que sólo espere un ambiente propicio (soledad en Dios) y la gracia del Padre que eternamente pensó «el camino» mejor para su hijo, y le llamó («vocación») a una historia de protagonista también insustituible. Solamente *después*. Porque lo contrario, pretender «solventar el problema» (¿llamaremos a esto «procedimiento de orientación» también?) con tres días de Ejercicios imprevistos, en los que se elige sobre lo que se ignora o se conoce a medias... es otro modo de engañarse o engañar «con la mejor voluntad» (6).

Si el joven ha elegido así, hizo de su parte cuanto podía. Dios no le pide más. Sólo resta que esté, también, *preparado* para la nueva vida.

Pero de esto, en otra ocasión hablaríamos.

(6) Es el psicólogo P. Palmés quien habla claramente e insiste sobre la insuficiencia de los Ejercicios para suplir una información y actividad que *presuponen*; y sobre la nulidad de una decisión hecha en Ejercicios con la máxima buena fe, pero sobre datos inexactos o incompletos (acerca del propio «yo» y de la realidad exterior). Fernando M.º Palmés S. J. *La Diagnóstico de la Vocación Profesional en los Colegios*. Subirana, Barcelona. 1929. Págs. 49 ss.

*San Cugat (Barcelona)*